

24 Mayo 1956

## El Undécimo Libro de Velarde

por Sebastián Salazar Bondy

"Mi actividad —ha escrito Héctor Velarde— no son las letras, sino los ladrillos, pues me gano la vida como arquitecto, y los libros los pongo a pesar mío cada tres años, más o menos, como pone sus huevos una lenta y metódica gallina". Sin embargo, si revisamos la bibliografía de este jovial humorista —apartando, por supuesto, los textos técnicos— podemos comprobar que, desde 1924 a hoy, Velarde ha producido más que muchos de nuestros autores de mayor renombre y prosopopeya: once buenos títulos lo convierten a cualquiera en un indiscutible creador. El último, con tanta sugestión denominado "¡Oh, los gringos!" reúne artículos cuyo principal tema son los norteamericanos y sus costumbres, y está editado por "The Monticello College Press", de Godfrey, Illinois, U.S.A., es decir, por una institución de gringos. Que los burlados den hospitalidad editorial al burlador, si bien dicho burlador no es nunca otra cosa que el desahogado comentarista de los singulares caracteres de una comunidad diferenciada, constituye un hecho consagratorio. Velarde se ganará la vida como arquitecto, pero es, aunque le pese, un escritor que obtiene ya esos galardones morales, a los que todo escritor aspira. De tal manera que los ladrillos, para usar su expresión, forman parte en él de lo que últimamente se ha dado en llamar el "otro oficio" del literato contemporáneo.

El autor de "¡Oh, los gringos!" ha declarado alguna vez que escribe para divertirse. "El día que no pueda divertir a nadie ya no escribiré más. Será un día muy triste para mí", ha dicho. Se trata de una confianza de escritor, de profesional de las letras. ¿Estaría yo sentado ante esta carilla, por ejemplo, si supiera que a nadie va a interesarle lo que yo diga? ¿No sería un juego absurdo que el individuo que expresa sus ideas, en la apresurada columna de un diario, en el folleto candente y entusiasta, o en el volumen sesudo e intenso, continuara haciéndolo en la certidumbre de que nadie las recibirá con simpatía y aprecio? No estaría en esta situación, por cierto, si sospechara tal cosa, y sería absurdo proseguirla si mi vocación no me indujera a ello tal como a Velarde, desde 1924, lo induce a darnos su ingenio claro y juvenil, su visión caricaturesca de los hechos, su penetración fresca de la vida que lo rodea. Y de "De París a Buenos Aires" hasta "¡Oh, los gringos!" no ha hecho amorosamente otra cosa este literato que vive de la arquitectura —como otros viven, infortunadamente, del puesto público, de la función diplomática o de la buena voluntad de cierta gente— que entregarnos el fruto de su agudo talento satírico.

Y aquí está, flamante, "¡Oh, los gringos!", que me ha deparado un extenso y liberador rato de humor. Desfilan por sus páginas personas y escenarios de Estados Unidos, observados desde el ángulo picaresco del criollo que, pleno de espíritu amistoso, procura comprender los aspectos originales de la cultura y la civilización de aquel pue-

blo, de aquel mundo. Para ello se sirve de metáforas muy particulares: los dos griegos clásicos que, de retorno en el tiempo, visitan Nueva York; la posible corrida de toros en Chicago, los insólitos atractivos que podríamos los peruanos ofrecer a los turistas, la locura de un yanqui en el torbellino de nuestra vida social o el descubrimiento de las energías mentales que en el hombre desarrolla medio maní. Estos y los demás temas son puntos de partida para trazar una caracterización de los modos existenciales del norteamericano y, a contrapelo, estableciendo un cotejo permanente, los que son propios de los latinoamericanos, en especial de los peruanos. Cuando parece que la pupila de Velarde se ha posado en un defecto o un aspecto peculiar de los norteamericanos, del cual extrae un alegre comentario, el arma se revuelve contra el lector y hace blanco en su propia debilidad. Este método de contraste, muy de la buena literatura satírica —desde Luciano de Somosata hasta Julio Camba o Gómez de la Serna—, es el que convierte al autor de "¡Oh, los gringos!" en un moralista.

Pero, atención, no en un moralista mojigato, que sermonea aburridamente sobre nuestros vicios y malos hábitos, sino en el moralista que el secular "castigat ridendo mores" latino pedía. Sin solemnidad, con una sonrisa en los labios, con un espejo cóncavo o convexo para reflejar y reflejarnos, este libro de Velarde, como los anteriores, nos indica de manera indirecta qué somos. A este fin crítico y didáctico contribuye el lenguaje coloquial en que están escritas estas gratas páginas. El desaliño gramatical —¡cómo imaginar a un humorista dentro de los almidonamientos académicos!— es precisamente un factor decisivo para que las palabras nos alcancen con la entonación familiar con que están puestas en el papel, como si escucháramos a un buen conversador narrarnos una historia regocijante o revelarnos algún suceso de suyo divertido. De otra parte, la buena tradición de Pardo, Segura, Palma, Gamarra, etc., —que le viene a Velarde por línea paterna— está presente en los libros de este escritor que se niega a sí mismo.

Respetemos su modestia, pero no se la admitamos públicamente. En la literatura peruana última, donde el talento no es lo más frecuente —y si no hay talento, no hay originalidad— la pluma de Velarde tiene un puesto que es indispensable reconocerle ya. No hay en nuestro continente muchos como él y en la actualidad, entre nosotros, son muy pocos los que manejan el género humorístico con tanta eficacia. Si el Perú fuera un país organizado, a Héctor Velarde no le encargaríamos casas, aunque las haga bien, sino que, tácitamente, le pediríamos que siga "poniendo" más y más libros. Pero estamos en la pre-historia, y si las letras no dan dinero, brindémosle a este buen escritor el honor que se merece por sus once libros, que son, sin duda alguna, once desvelos, once desengaños, once amores.